

El Primer Director de la Biblioteca de la Universidad de Madrid: Agustín García de Arrieta.

Por Manuel Sánchez Mariana,
ex-director de la Biblioteca Histórica, U.C.M.

La Universidad Complutense de Madrid hunde sus raíces, como es bien sabido, en varias instituciones docentes del antiguo régimen, que, como consecuencia de los intentos renovadores de las enseñanzas a partir de la época de Carlos III, y con los altibajos propios de una de las etapas más accidentadas de la historia española, van a ir desapareciendo y concentrándose en la nueva universidad creada en la capital del reino en el primer tercio del siglo XIX. La biografía profesional del primer bibliotecario de la Universidad de Madrid, don Agustín García de Arrieta, es reflejo fiel de los acontecimientos históricos que sacudieron la vida española a lo largo del siglo XIX, y sobre todo en su primera mitad. Como veremos, y a pesar de lo accidentado de su trayectoria, García de Arrieta supo desarrollar una valiosa labor profesional, a la vez que una actividad literaria y erudita de considerable interés.

Agustín García de Arrieta nació en Cuéllar (Segovia), en fecha que no conocemos, aunque debió ser hacia el año 1775. Su formación fue básicamente religiosa, con la intención, sin duda, de seguir una carrera eclesiástica, que luego no continuó, bien fuera por carecer de la vocación necesaria, o por el desarrollo de los acontecimientos en su entorno: se graduó como bachiller en Filosofía y Teología, y entró como profesor de Disciplina eclesiástica, Derecho natural y de gentes, e Historia literaria en los Reales Estudios de San Isidro en Madrid [\[1\]](#). Estos estudios, que habían sido creados por Carlos III en 1770, funcionaron como una universidad laica que tenía su fundamento en los antiguos estudios de los Jesuitas.

Quizá fueron sus aficiones literarias, como en otros casos, las que le impulsaron a cambiar el rumbo de su carrera, por lo que intentó, y consiguió, ingresar en la Biblioteca de San Isidro el 11 de septiembre de 1798. Entró como se solía, por uno de los últimos

peldaños (como escribiente u oficial): su puesto de oficial supernumerario probablemente ni siquiera tenía derecho a sueldo, aunque pronto fue nombrado oficial 3º, y cuatro años después, en 1802, oficial 2º. A lo satisfactorio de su actuación profesional se unió, sin duda, su orientación política liberal, para que en 1812 fuera nombrado director interino; como tal solicitó del gobierno de Cádiz se le enviasen ejemplares de la *Gazeta de la Regencia y de los Diarios de las Cortes Generales*, en virtud del privilegio de que gozaba la Biblioteca para recibir ejemplar de todas las obras que se publicasen, a lo que se le contestó con el envío de la primera, ya que no tenían ejemplares de los Diarios. Por los mismos motivos antes expuestos, en 1814 alcanzó el puesto de director de la Biblioteca, siendo director de los Estudios don Tomás González de Carvajal [2].

Comenzó por esos años el reconocimiento de los méritos profesionales y literarios de García de Arrieta, y en 1815 fue elegido académico de la Real Academia Española. Como era frecuente en la época, fue elegido sin plaza, es decir, de supernumerario, por lo que no pudo ostentar el título efectivo de académico de número hasta 1818, en que se produjo la vacante que ocupó en la silla O [3]. También fue miembro honorario de otra academia no tan reconocida ni oficial, aunque también muy meritoria, la Academia Latina Matritense.

Los acontecimientos históricos que marcarían su vida empezaron pronto a desarrollarse: en 1816 los Reales Estudios de San Isidro fueron devueltos a los jesuitas, por lo que hubo de cesar, el 7 de junio, como director de la Biblioteca, y buscarse otro puesto en su profesión; y puso sus ojos en el que era el establecimiento bibliotecario más importante de Madrid y de toda España, la Biblioteca Real. Esta vez, por lo menos, los promotores de la nueva situación le prestaron su ayuda: las gestiones para su traslado a la Biblioteca Real las llevó a cabo don Felipe Montoya, obispo de Teruel, y presidente de la Junta para la devolución del Colegio Imperial a la Compañía de Jesús, quien informó favorablemente de Arrieta, al que consideraba persona de grandes méritos literarios y buena conducta moral y política, que había prestado buenos servicios a los Estudios y su Biblioteca durante dieciocho años. En 14 de agosto de 1816 se le concedió el puesto de bibliotecario de la Biblioteca Real, aunque una vez más como supernumerario, al no haber plaza libre, debiendo optar a la primera vacante efectiva que se produjese. Pero al producirse ésta poco después, reclamó su derecho

Tomás Mauricio López, hijo del geógrafo real Tomás López, más antiguo en la Biblioteca, por lo que, para no perjudicar los derechos de los demás, en 1819 García de Arrieta quedó ocupando plaza de bibliotecario con el sueldo y opciones de oficial 1º (suprimíendose, para hacer esto posible, dos plazas de escribiente), y no pudiendo ascender en lo sucesivo [4].

La situación, sin embargo, distaba de ser definitiva. En 1820, tras el pronunciamiento de Rafael del Riego y el restablecimiento de la Constitución, se reanudaron también los Estudios de San Isidro, y García de Arrieta volvió a su antiguo puesto en la dirección de su Biblioteca. Pero aun hay más, pues el *Reglamento general de Instrucción Pública* de 1821 creó la Universidad Central, que se inauguró oficial y solemnemente el 7 de noviembre de 1822 con sede en los mismos Reales Estudios, que quedaron englobados en la nueva entidad docente, y García de Arrieta fue puesto al frente de su biblioteca, con lo que se convirtió en el primer director de la Biblioteca (o bibliotecario mayor, según la designación de la época) de la Universidad de Madrid.

Pero también esta situación duró muy poco, pues el 7 de abril de 1823 el ejército francés encabezado por el Duque de Angulema entró en la península llamado por Fernando VII, y tras poca resistencia repuso a Fernando VII como rey absoluto, lo que supuso, a partir del 1 de octubre, la abolición de todas las leyes aprobadas en el trienio anterior, y entre ellas la que creaba la Universidad Central. Los Estudios de San Isidro fueron devueltos a los Jesuitas, y García de Arrieta hubo de abandonar nuevamente su puesto en la biblioteca. Es más, por su implicación en la política del Trienio Liberal fue desposeído de los honores de bibliotecario en 1824. Eran ya muchos golpes y privaciones, y además probablemente ya no contaba con un valedor como el que en 1816 le había encaminado a la Biblioteca Real, por lo que Agustín García de Arrieta, como otros liberales españoles, emprendió el camino del exilio. Establecido en París, tenemos a partir de entonces pocas noticias de su actuación personal, salvo la de sus trabajos literarios, especialmente las ediciones cervantinas, que gozaron de gran prestigio entre los exiliados españoles. Cerca de doce años más vivió en París, donde falleció el 2 de abril de 1835.

Algunos autores han afirmado, y se recogió en la *Enciclopedia Espasa*, que Agustín García de Arrieta estudió medicina. No cabe duda de que se trata de un error, pues la trayectoria de nuestro autor fue totalmente diferente, como hemos visto, a la de

esos estudios. Probablemente se trata de una confusión con el Dr. Eugenio García de Arrieta, amigo de Goya, a quien curó de una grave enfermedad en 1819, y con quien el artista aragonés se retrató en el cuadro que hoy se conserva en el Minneapolis Institute of Arts. Ignoramos cual fue el parentesco, que sin duda tenían, de estos dos personajes.

* * *

Además de como bibliotecario ejemplar, García de Arrieta es recordado como notable escritor y erudito. Entre los trabajos de su primera época, anteriores a su entrada en la Biblioteca de San Isidro, se encuentran traducciones de obras italianas y francesas, como *Las leyes eclesiásticas sacadas del Nuevo Testamento, traducción del italiano al español* (Madrid, Benito Cano, 1793), y la *Introducción a la Sagrada Escritura*, traducción del francés de Bernard Lamy (Madrid, Benito Cano, 1795), destinadas probablemente a servir de libros de texto en los Estudios de San Isidro.

Como muchos de sus contemporáneos, y también de sus compatriotas de otras épocas, sintió la atracción por teatro. Realizó principalmente traducciones o refundiciones de comedias alemanas, que entonces gozaban de gran éxito de público, aunque a través de versiones francesas, como *La misantropía y el arrepentimiento*, de August von Kotzebue (Madrid, Fermín Villalpando, 1800), y *El Conde de Olsbach*, de Johann Christian Brandes (Madrid, Benito García, 1801).

Otro tipo de obras que intentó con éxito fue el de las recopilaciones de máximas o aforismos, como los sacados de las obras de Fenelon (*El espíritu de Telémaco, o Máximas y reflexiones políticas y morales del célebre poema intitulado Las aventuras de Telémaco. Sacadas fielmente, dispuestas por orden alfabético de materias e ilustradas con varias notas para su mejor inteligencia*, Madrid, Benito Cano, 1796), o de su autor favorito, Cervantes (*El espíritu de Miguel de Cervantes Saavedra o la filosofía de este grande ingenio, presentada en máximas, reflexiones, moralidades y agudezas de todas especies, y sobre todos los asuntos más importantes de la vida civil, sacadas de sus obras y distribuidas por orden alfabético de materias. Va añadida al fin de él una novela cómica intitulada La tía fingida, obra póstuma del mismo Cervantes, hasta ahora inédita...*, Madrid, Viuda de Vallin, 1814; otra ed. en París, 1827).

García de Arrieta es especialmente conocido como cervantista, por haber sido el primer editor de la novela corta atribuida a Cervantes *La tía fingida*, siguiendo el manuscrito de Porras de la Cámara que entonces existía en la Biblioteca de San Isidro, texto que incluyó como apéndice a la mencionada recopilación de máximas cervantinas (1814). Y también por las ediciones de las *Obras escogidas* de Cervantes (Paris, Librería Hispano Francesa de Bossange padre, 1826, con reimpresión idéntica por Firmin Didot, 1827), que llevó a cabo en su exilio parisino, y que gozaron de gran éxito entre los emigrados. Los diez volúmenes de que constaban las obras comprendían el *Quijote* (I-VI, que también circuló independientemente del resto), las *Novelas ejemplares* (VII-IX) y el *Teatro* (X). Esta edición es, para el *Quijote*, quizá la más notable de las posteriores a la de la Academia de 1780 y la de Pellicer de 1797, y de las anteriores a la de Clemencín de 1833; basada especialmente en la última de la Real Academia, iba precedida de un retrato de Cervantes, de su vida, y de un facsímil de su firma. Sin embargo fue bastante criticada por un cambio que Arrieta introdujo en su texto, que consistió en desgajar del *Quijote* las historias del “Curioso impertinente” y del “Capitán cautivo”, que incluyó al comienzo de las *Novelas ejemplares*.

También se interesó García de Arrieta por el texto de *El Buscapié*, atribuido a Cervantes con dudosos motivos, del que decía que la Condesa de Fernán Núñez le había informado de que su marido había adquirido un ejemplar en Portugal, pero al buscarlo en 1807 no lo pudo localizar, alegando la Condesa viuda que quizá lo destruyó la Inquisición en el expurgo que hizo al volver su marido de la embajada de París [5].

Pero quizá su obra más notable y de más influencia, apreciada por sus contemporáneos, sea su versión del tratado de Charles Batteux, los *Principios filosóficos de la literatura, o Curso razonado de bellas letras y de bellas artes. Obra escrita en francés por el señor abate Batteux... Traducida al castellano e ilustrada con algunas notas críticas y varios apéndices sobre la literatura española...* Madrid, Sancha, 1797-1805, en 9 volúmenes, dedicada por Arrieta al Príncipe heredero de Parma, su mecenas, y aumentada con notas y apéndices sobre la literatura española, además de con algunas revisiones y precisiones de los conceptos del autor. En esta obra se establecieron algunos de los principios básicos de la estética neoclásica, como la consideración de que la esencia de las bellas artes y letras era la imitación de la naturaleza, aunque no tal como ella era, sino como la podía concebir el espíritu de

forma sabia e ilustrada, fundamentando así el concepto del gusto. Numerosos escritores de la época, entre los que se encontraba Moratín, fueron seguidores y defensores de los principios de la retórica de Batteux a través de la traducción de Arrieta [6]. Pues como en otras cuestiones, también es ésta García de Arrieta estuvo a la cabeza de las inquietudes de su tiempo.

Notas bibliográficas

[1] J. Simón Díaz, *Historia del Colegio Imperial de Madrid*, 2ª ed. actual., Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1992.

[2] A. Miguel Alonso, *La Biblioteca de los Reales Estudios de San Isidro de Madrid*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1996.

[3] A. Zamora Vicente, *Historia de la Real Academia Española*, Madrid, Espasa, 1999, p. 184.

[4] L. García Ejarque, *La Real Biblioteca de S.M. y su personal (1712-1836)*, Madrid, Asociación de Amigos de la Biblioteca de Alejandría, 1997, pp. 481-482.

[5] Según carta publicada en las *Obras completas* de Cervantes, edición en miniatura de J. Mª de Ferrer, París, 1832.

[6] I. Urzainqui, “Batteux español”, en *Imágenes de Francia en las letras hispánicas*, Barcelona, PPU, 1989, pp. 239-260.



© Biblioteca Histórica "Marqués de Valdecilla" <http://www.ucm.es/BUCEM/foa>
C/ Noviciado, 3, 28015, Madrid
+34.91.394.66.12